

## Los frutos venenosos

Juan Carlos Capo\*

### Resumen

El autor procura espigar los hallazgos literarios que más se pudieran conjugar con los referentes psicoanalíticos, sin caer en la decodificación. En tal sentido privilegia la conquista de la selva, la muerte del animal y el arribo definitivo del pequeño explorador a la “circuntristeza”. Los frutos venenosos tienen que ver con los adelfos a los que Guimaraes Rosa da un lugar en el relato, referencia simbólica de la siempre engañosa apelación trascendental a una verdad absoluta.

### Summary

The author intends to glean the literary findings which could best match the psychoanalytical signals, trying not to incur into the decodification.

In this sense, the author favors the conquest of the jungle, the death of the animal and the final arrival of the small explorer to “circumsadness”.

The poisonous fruit are connected with the rosebays which Guimaraes Rosa mentions in the story, as the symbolic reference of the usual misleading transcendental appeal to an absolute truth.

**Descriptorios: LITERATURA / SIMBIOSIS / MEMORIA / ANGUSTIA**

**Obras tema: Las márgenes de la alegría. Joao Guimaraes Rosa.**

Estas líneas arrastran reflexiones que tiran, ya de una rienda psicoanalítica, ya de una rienda literaria, siguiendo, como el niño del cuento de Guimaraes Rosa en que se inspiran, un rastro de “cosa de sueño”, hacia lo “no sabido,” hacia “lo más”.

Uno de los agonistas de esta fábula, un pavo real, resume, de modo óptimo, el encantamiento surgido de los recuerdos de infancia. Recuerdos *sobre la infancia*, como puntualizara Freud. [Sobre los recuerdos encubridores, (Über Deckerinnerungen,

---

\*. Miembro Titular APU. Soca 1395, apto. 901. CP 11600.

1899)]. Recuerdos sobre la infancia que en este caso se presentan en una panoplia compuesta de olores, imágenes, sonidos, satisfacciones colmadas, antes si quiera de haberse sentido como necesidades.

El ave se convierte en objeto de destino prosaico, comestible y patético sin perder, no obstante, lo inefable de un hechizo ubérrimo en sueños. La visible fascinación es también adecuada cifra para un lector-psicoanalista que podrá encontrar, a poco de proponérselo, referencias clínicas familiares a su práctica.

Pienso en las relaciones duales que las redes familiares incuban, en la fenomenología del amor en su faz de cautiverio y tortura; en la angustia laberíntica que promueve puestas en escena perversas (Koolhaas, citado por Pascale, Montevideo, 1994), en las evocaciones escatológicas de las reminiscencias del goce nostálgico, trampa que cortocircuita un deseo posible.

La sombra de la augusta ave del Paraíso asoma por detrás de estas formaciones clínicas apenas bocetadas.

En el cuento, además, la regla áurea de la carpintería estética del autor ajusta a golpes de escoplo temporal, una memoria autobiográfica ficticia trasmutada en hermosa gema que supera el encierro nostálgico del recuerdo fetichizado.

La mínima anécdota descubre la cortina sobre un mundo en que se siente el deseo correr, jadear y respirar a pleno pulmón. Sopla allí un purificado aire nietzscheano en su raíz de altura.

Un niño es llevado por sus tíos a una selva del altiplano. Hay un proyecto de civilización ganándole terreno a la naturaleza. Hay un desmonte de árboles para construir un aeropuerto, el inminente arribo de nuevos pobladores, y la erección de una ciudad. Novísimos instrumentos todos que se dan a ver a los hurgadores ojos de un pequeño curioso infatigable. Y desfilan ante su febril mirada el trájín de la Compañía: el avión, el mapa, la plantación, *el jeep* de los ingenieros embistiendo la floresta con carros, dientes de pilón, cilindros, y una derrumbadora de lámina talando los muros de árboles en pos del corazón de la selva.

En el centro de *ese* mundo en agraz está el ave con su plumaje negro verdoso, sus visos cobrizos y su cabeza desnuda cubierta de carúnculas rojas y cresta eréctil, un ser extraño “*con reflejos de verdes metales en azul- y-negro*”, animado de colorida soberbia.

El niño, “*tenía todo de una vez*”, “*estaba en los aires*”, desbordado de incesante alegría.

Peregrina cuadrilla formada por un árbol talado, un ave devorada y un chico recién arribado a “*la circuntristeza*”: Niño cansado ahora, grave, ya no más curioso niño. Árbol, ave y pequeño explorador tienen desde entonces más de una cosa en común: primero su descontentión hecha de cólera y erizamientos por una común condición de seres animados, esbeltos, glugluteantes. Agrupación vicaria de masas con un único destino: su devoración inexorable por la peste de la invasora ciudad, por los trazos cenicientos de los arroyuelos garabateando las páginas en blanco de la selva virgen.

El mundo y sus cascajos: ...“*el encantamiento muerto y sin pájaros, el aire lleno de polvo*”.

La alacena imaginaria del niño, o, mejor, del adulto hijo de aquel [“The Child is father of the Man”, Wordsworth, *The rainbow*] acabarán por mostrarle que de los perfumados alimentos terrestres en aquellas primeras mañanas del mundo, de aquellos alimentos, hoy ya no queda más. (Freud, “La interpretación de los sueños”, *Die Traumdeutung*, 1900).

[O quizás, mejor, sólo queda *esto*: la acción de escribir la crónica de una no tan pequeña aventura en un intento frustrado por hacer efectivo el recobramiento de una parcela de vida perdida].

Los adelfos que Camus veía crecer en su Argelia natal, aquellos arbustos parecidos al laurel, de flores rojizas o purpúreas y frutos engañosos son conocidos como plantas de la mentira, quizás por los frutos venenosos que ofrecen al paseante. A esos adelfos Guimaraes les concede un lugar en la narración y los caracteriza como “*plantas de pelusa*” primero,

“*iplantas desteñidas*” sobre el final. Detrás de esas opacidades podemos imaginar la presencia de pasiones embaucantes, la pérdida de la curiosidad así como un interminable y mortal cansancio.

Y también los vuelos ilusorios de la Alegría alejándose de nuestro lado, tal vez del todo, tal vez para siempre.

Realidades de dimensión pirandelliana —*así es si así os parece*— que el mundo de la literatura y el psicoanálisis revelan sin cesar a poco que se *piense en ello*.